

EL EMBAJADOR DUQUE DE ALBA

Jacobo Stuart Fitz James y Falcó, XVII duque de Alba, representó a España en Londres de 1937 a 1945; durante la guerra civil actuó de agente oficial de Franco y, cuando la Gran Bretaña reconoció al gobierno de Franco, se le otorgó la categoría de embajador español ante la Corte británica. Por su conocimiento del pueblo inglés, en sus varios y complicados aspectos, y su ascendencia británica, que le emparentaba con algunas de las familias nobles del Reino Unido, le capacitaron para llevar a término una labor que le acreditó como el mejor diplomático que sirvió la causa de Franco. Pero no era querido por los falangistas, que llevados por su antipatía a todo lo que representaba Alba en la vida española, no cesaron en una campaña contra él encaminada a su alejamiento de Londres. En sus ataques empleaban siempre los mismos argumentos: era medio inglés, producto decadente de la aristocracia española, probablemente afiliado a la masonería británica y adversario de los postulados falangistas. La presencia de Serrano Suñer en Asuntos Exteriores hizo que arreciara la campaña para lograr su alejamiento de Londres. Se aprovechaba cualquier contratiempo para cargarlo a la labor «desafortunada» del Duque, pues en lugar de actuar con habilidad se preconizaba el empleo de métodos enérgicos que utilizaría, sin duda, un hombre de la Nueva España, es decir, un personaje que mostrara a los orgullosos ingleses como era un verdadero prototipo del régimen falangista. Por la actividad desplegada por Miguel Primo de Rivera, su hermana Pilar y sus elementos adláteres, especialmente por el grupo formado por la Falange Femenina, el hombre ideal para reemplazar al duque de Alba, en Londres, era el hermano del fundador de Falange. Miguel tenía una buena figura, hablaba inglés y cosechaba buenos éxitos entre el bello sexo.

Esta campaña contra Alba seguía su curso cuando estalló el asunto del suministro español a la flota submarina alemana. En marzo de 1941, en el puerto de Cartagena, uno de los varios utilizados por los submarinos germanos, demoró un *U-boot* su permanencia en aguas españolas, lo que dio motivo a que la prensa angloamericana denunciara con fuerza esta ayuda franquista a las unidades navales nazis. Al parecer, Franco toleraba estos suministros a los submarinos para demostrar que pese a sus repetidas negativas a las demandas de Hitler para una entrada inmediata en la guerra, él hacía lo posible para apoyar a sus amigos del Eje. Ahora, en El Pardo, había fuertes temores, ante el peligro de ver a Londres tomar represalias con motivo del caso de Cartagena; existía la perspectiva de ver denegados ciertos *navycerts* solicitados, lo que se traduciría en una reducción de la dieta de los españoles al no recibirse los suministros de trigo y otros productos que se adquirían en la Argentina y el Canadá. Serrano, a quien Franco expuso sus temores, se encargó de paliar la esperada reacción británica. Redactó una corta nota y llamó a Londres para hablar personalmente con el embajador Alba. Era justamente el mediodía cuando conversó telefónicamente con el duque: le pidió que visitara rápidamente al subsecretario del Foreign Office, Butler, que pasaba por entender las cosas españolas mejor que el ministro Eden; Alba tenía que comunicarle el texto de la nota que acababa de transmitirle Serrano y persuadirle de que España observaría un trato neutral en relación con los submarinos alemanes. A las cinco de la tarde Alba habló nuevamente con Madrid y comunicó a su ministro que, efectivamente, había hablado con Butler y obtenido por respuesta que Gran Bretaña cursaría una protesta formal, pero no tomaría medidas de represalia. Serrano comunicó inmediatamente a El Pardo el éxito de la gestión del Duque y España continuó recibiendo los envíos de trigo y petróleo que necesitaba para que se pudiera continuar cumpliendo con las raciones de pan y gasolina que se habían fijado. En este caso, como en otros, Alba demostró la importancia que tiene para el juego diplomático contar con inmejorables contactos. Se apuntó un verdadero éxito.

Pasaron varias semanas y, en una de sus habituales visitas a El Pardo, Serrano, como de costumbre, penetró sin hacerse anunciar en el despacho de Franco, que estaba reunido con el

general Vigón, entonces ministro del Aire. Acababa de plantear Serrano el asunto que le llevaba a consulta, cuando Franco le interrumpió: «Oye, Ramón, precisamente hace un rato estábamos hablando el general y yo que estás demorando mucho la sustitución de Alba. Ha estado aquí Pilar Primo de Rivera, con sus chicas de Falange Femenina, y todas han insistido en sustituir, en Londres, al duque de Alba, por considerar que es un vago que nada hace para dar a conocer a los ingleses cuál es la verdadera ideología de Falange.»

En esta oportunidad no empleó Serrano el lenguaje habitual que se debe entre un jefe de Estado y un ministro suyo; el pariente desplazó al subordinado: «Pues -dijo- mientras yo me ocupe de Asuntos Exteriores seguirá Alba al frente de la embajada en Londres.» Franco y Vigón quedaron sorprendidos ante tan inesperada salida de tono. El primero reaccionó inmediatamente: «Pero, hombre, Ramón, pero sí tú mismo me habías hablado de sustituirlo.»

«Sí, señor -replicó Serrano-, yo quería sustituirlo. Ahora, ¿te acuerdas de tu emoción, bien explicable, cuando hace algunas semanas alguien te trajo el cuento de la situación tan grave, tan peligrosa con Inglaterra? ¿Te acuerdas de lo preocupado que estabas y yo también y de que me llamaste a Doñana y yo vine corriendo? ¿Te acuerdas de lo ocurrido? ¿Es que puedes creer que otro que no fuera él podría mejorar la labor diplomática del duque? ¿Hubiera tenido todas las puertas abiertas como Alba y cumplido con tanto éxito y en unas pocas horas el encargo que le di?»

Alba siguió de embajador franquista en Londres hasta que presentó la renuncia, en 1945, cuando Don Juan, en su manifiesto de Lausana, pidió a sus seguidores que renunciaran a los puestos políticos que ocupaban en el régimen franquista. El 13 de octubre, Alba fue recibido en audiencia por Jorge VI, con motivo de cesar en el cargo de embajador. La prensa inglesa dio muestras de su mal humor al recoger su declaración afirmando que mantenía su dimisión porque Franco no había hecho ningún esfuerzo para llegar a un acuerdo con Don Juan de Borbón ni cumplido la promesa de evolucionar políticamente después de la publicación, en marzo de 1945, del manifiesto de Lausana. El corresponsal en Londres del *New York Times* puso en boca del duque la siguiente frase: «El régimen de Franco es nocivo para España.» Alba regresó a Madrid y el Caudillo procuró demostrarle que resultaba incómodo estar a mal con él. A pesar de gozar del privilegio de poseer pasaporte diplomático, por su categoría de antiguo embajador, el duque, por falta de autorización oficial, no pudo viajar a Lausana en repetidas ocasiones cuando era llamado a consulta por el Pretendiente. Con amargura comentaba: «Parece que soy el primer duque de Alba que, por causa mayor, falta a la cita de su rey.»